

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Lenin en el camino de la revolución



Noviembre 2022

8

Partido comunista internacional

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmadista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

- **«el proletario»** (Órgano del partido comunista internacional) : Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.
- **«el programa comunista»** (Revista teórica en lengua española) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3 - Precio de solidaridad de un ejemplar: 6 €, 16 FS, £ 4 / 40 Krs. / América latina: US \$ 3 / USA et Cdn: US \$ 6
- **«Suplemento a “el programa comunista”»** : Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5
- **«Il comunista»** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 6 FS; Suscripción: 10 €; £ 10; 30 FS; Suscripción de solidaridad: 20 €; £ 20; 60 FS.
- **Le prolétaire** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 3 FS; 500 CFA. Suscripción: 7,5 €; £ 7,5; 30FS; 1'500 CFA. Suscripción de solidaridad : 15 €; £ 15; 60FS; 3'000 CFA
- **Programme communiste** (Revista teórica) : Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 Suscripción: El precio de 4 ejemplares. Suscripción de solidaridad: 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40
- **Proletarian** (Suplemento al «le prolétaire») : Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.
- **Communist Program** (Revista teórica en lengua inglesa) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 1000 CFA / USA + CDNUS \$ 4 / América latina US \$ 2 - Precio de solidaridad de un ejemplar: 8 €, 16 FS, £ 6, 2000 CFA, USA + CDN US \$ 8, América latina US \$ 4

Para pedidos de publicaciones, gastos postales y pagos, contáctenos a nuestra dirección e-mail: »elprogramacomunista@pcint.org«

Introducción

El 21 de febrero de 1924, Vladimir Ulianov, conocido como Lenin, murió en Moscú. La victoria de la contrarrevolución, en las décadas siguientes, utilizó esta fecha para reiterar lo que el propio Lenin había escrito sobre los grandes revolucionarios en las primeras líneas de *Estado y Revolución*:

«Las clases dominantes siempre han recompensado a los grandes revolucionarios, durante su vida, con una persecución implacable; su doctrina siempre ha sido recibida con la furia más salvaje, el odio más feroz y las campañas más impúdicas de mentiras y difamación. Pero después de su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por así decirlo, rodear su nombre de un cierto halo de gloria, «consolar» y mistificar a las clases oprimidas, al tiempo que se vacía de contenido su doctrina revolucionaria, se embota su sentido, se la degrada.»

La Rusia revolucionaria encontró en 1917, en plena guerra imperialista mundial, a su joven proletariado en la cima del movimiento proletario mundial gracias a su formidable líder: el partido bolchevique de Lenin. La historia había abierto el camino de la revolución proletaria en el país más atrasado y reaccionario que existe, lanzando un desafío al imperialismo mundial, un desafío que el proletariado occidental, a diferencia del ruso, no tenía la fuerza para asumir con el mismo vigor y dirección política, no por falta de empuje revolucionario sino por la ausencia de un partido de clase a la altura de la tarea histórica, un partido de clase atemperado por la lucha de clases como fue el partido de Lenin contra el que todas las fuerzas burguesas, a pesar de la guerra imperialista que las enfrentaba, se unieron en un gran objetivo: matar la revolución proletaria en Rusia, impedir que sus enseñanzas sean asumidas por el proletariado europeo y americano, restablecer el orden capitalista e imperialista en el mundo utilizando al máximo las fuerzas del oportunismo, tanto las que se desvían del terreno revolucionario como las cínicamente represivas.

La victoria de la revolución proletaria en Rusia -el primer bastión conquistado- podría haber abierto el camino de la victoria revolucionaria en el mundo a condición de expandirse a Europa, empezando por Alemania, cuyo proletariado había dado muestras de una combatividad excepcional y de un gran valor. Pero la falta de un partido comunista revolucionario firmemente anclado en la teoría marxista y templado con el tiempo como el partido bolchevique de Lenin, marcó el destino negativo de todos los intentos revolucionarios que hizo el proletariado alemán, así como los de otros países (Hungría, China).

Aislada, asfixiada económica y políticamente, la Rusia proletaria y revolucionaria se enfrentó, sin embargo, a los ejércitos reaccionarios de las guardias blancas, apoyados y fortificados por las potencias imperialistas, en una dramática guerra civil que durante tres años, de 1918 a 1921, obligó a la Rusia revolucionaria a utilizar todas sus fuerzas y todos sus recursos para oponerse y finalmente derrotar militarmente a los ejércitos de la reacción. Pero la victoria militar no se convirtió en una victoria política y social; el fracaso de la revolución proletaria en Europa fue decisivo para la derrota de la revolución en Rusia y en el mundo. La contrarrevolución, después de la Comuna

de París de 1871, tuvo de nuevo la oportunidad de levantar la cabeza y ganar gracias sobre todo a las fuerzas del oportunismo que desviaron a los proletarios de Europa y América hacia el terreno de la democracia y la colaboración de clases, llevándolos a masacrarse en una segunda y más catastrófica guerra imperialista mundial, y paralizando su fuerza social durante décadas.

En cualquier caso, la lección fundamental y mundial que Lenin extrajo y transmitió a las generaciones posteriores del proletariado consciente y, especialmente, de los comunistas marxistas, permanece intacta: que la victoria del proletariado revolucionario se debe sobre todo al partido de clase que lo influye, organiza y orienta, firme en la teoría pero capaz de una formulación inteligente y dialéctica en el plano táctico, consciente de que las normas tácticas que el partido se da a sí mismo en las diferentes situaciones son normas *derivadas* de las leyes de los grandes cursos históricos (como se reitera en nuestra *Struttura economica della Russia d'oggi*).

En 1994, tras la caída de la URSS y su «imperio», volvimos a publicar este texto en francés:

« El 70º aniversario de la muerte de Lenin (21 de febrero de 1924) cayó en un ambiente diferente al de décadas anteriores. Atrás quedaron las conmemoraciones oficiales, la distribución de medallas y la erección de estatuas monumentales con su efigie en la «patria del socialismo.

El viejo topo que, según la visión de Marx, cava incesantemente en el túnel de la historia, acabó derrumbando el apolillado edificio del 'leninismo' oficial. Este edificio comenzó a construirse tras la muerte de Lenin, cuando el Estado nacido de la revolución rusa y el movimiento comunista internacional comenzaron a degenerar a gran velocidad. La victoria de la contrarrevolución convirtió este edificio en un manto de plomo para paralizar al proletariado y someterlo a las exigencias del monstruo del Capital, en la Unión Soviética como en el resto del mundo. Quienes hundieron la revolución proletaria habían logrado no sólo momificar el cadáver de Lenin (y organizar un culto obscuro en torno a él), sino también disfrazar el marxismo y hacer trizas el programa del comunismo. Sus herederos han pasado hoy la página, despojándose de la máscara con la que se había revestido la contrarrevolución para imponer y sustituir las efigies de Lenin por las del dios dólar. Tanto mejor.

Los que lloran el cierre del museo de Lenin o protestan por el cierre de su mausoleo no se lamentan por lo que Lenin representó realmente -fue el inspirador y líder de la revolución proletaria mundial- sino por lo que la llamada contrarrevolución estalinista hizo de él: el brillante inventor de 'nuevas vías' para salir del subdesarrollo, el líder de una revolución nacional, el constructor de una superpotencia imperialista.

Para recordar lo que fue realmente Lenin, y para comprender las lecciones que representa para el presente y el futuro de la lucha proletaria, no podríamos hacer nada mejor que reproducir la conferencia pronunciada por Amadeo Bordiga el 24 de febrero de 1924 en la Casa del Popolo de Roma.»

A continuación reproducimos el texto completo, por primera vez en español.

Hoy, 2022, cuando la crítica feroz a la teoría del «socialismo en un solo país» y a las «vías nacionales al socialismo» parece anticuada, pero es más necesaria que nunca, no podemos sino reiterar exactamente los mismos argumentos que entonces, hasta el punto de que todo el contenido de lo que Amadeo Bordiga defendía en su época resulta actual.

Lenin en el camino de la revolución

«Ante todo, dice Bordiga, tengo que hacer dos precisiones: no me propongo aquí seguir el modelo de las conmemoraciones oficiales, así como tampoco haré una biografía de Lenin, ni recordaré una serie de anécdotas que le conciernen. Trataré, sí, de describir desde un punto de vista histórico y crítico marxista la figura y la labor de Lenin en el movimiento de emancipación revolucionaria de la clase trabajadora mundial; estas síntesis solo son posibles si se ponen los hechos dentro de una amplia perspectiva general, no descendiendo al nivel de lo particular, de carácter analítico, periodístico, incluso chismoso o insignificante. No creo que lo que me hace hablar de Lenin, por mandato de mi partido, sea el hecho de ser «el hombre que vio a Lenin», o que tuvo la suerte de haber hablado con él, sino el de haber participado, desde el momento en que fui uno de los militantes de la causa proletaria, en la lucha por los mismos principios que Lenin encarnaba. De resto, los camaradas han puesto a la disposición en toda nuestra prensa sus detalles biográficos.

En segundo lugar, dada la amplitud del tema que me han propuesto, además de ser inevitablemente incompleto, tendré que ser muy somero incluso en las cuestiones de primera importancia, confiando en que son conocidas por los camaradas que me escuchan: No hay un solo problema del movimiento proletario que no tenga que ver con la obra de Lenin. No tengo, pues, la menor pre-

tensión del mundo de ser exhaustivo, tendré que ser breve, y tal vez excesivamente sintético.

No es necesario que exponga la historia de las falsificaciones y manipulaciones que, en los años que precedieron a la Gran Guerra, ha sufrido la doctrina trazada admirablemente por Marx y Engels, cuya clásica síntesis sigue siendo el *Manifiesto de los Comunistas* de 1847. Y tampoco puedo aquí, en paralelo, retrazar la lucha de la izquierda marxista contra estas falsificaciones y alteraciones. A esta lucha, Lenin dio una contribución de primerísimo orden.

EL RESTAURADOR DE LA TEORÍA MARXISTA

Consideramos su obra sobre todo como restaurador de la *doctrina filosófica del marxismo o, mejor dicho, de la concepción general de la naturaleza y la sociedad que pertenecen al sistema de conocimientos teóricos del proletariado revolucionario*; en efecto, esta no solamente necesita una opinión sobre los problemas de la economía y la política; hay que tomar posición sobre todo el conjunto de cuestiones que vamos a indicar.

En un cierto momento de la compleja historia del movimiento marxista apareció una escuela filosófica que tenía la intención de someter a revisión el materialismo dialéctico marxista con el propósito de dar al movimiento obrero una

base filosófica idealista y casi mística. Esta escuela pretendía hacer admitir a los marxistas que las filosofías neoidealistas modernas habían «superado la filosofía materialista y científica». Su jefe era el ruso Bogdanov; Lenin le respondió de manera definitiva en una obra (*Materialismo y empirio-criticismo*) desgraciadamente poco traducida y poco conocida, aparecida en ruso en 1908. En esta obra, luego de un importante trabajo preparatorio, Lenin desarrolla una crítica de las filosofías idealistas viejas y modernas, defendiendo integralmente el realismo dialéctico de Marx y Engels, para demostrar su brillante superioridad sobre las ideas impenetrables de las filosofías oficiales. Prueba después que las escuelas idealistas modernas no hacen más que reflejar un reciente estado de ánimo de la burguesía, y su influencia sobre el pensamiento del partido proletario, una psicología de impotencia y un desarraigo provocado por la real situación de derrota de la clase obrera rusa después de 1905. Lenin estableció de una forma que para nosotros excluye toda duda ulterior que «no puede existir doctrina socialista y proletaria sobre bases espiritualistas, idealistas, místicas y morales».

Lenin defiende el conjunto de la doctrina marxista en otro frente: la economía y la crítica al capitalismo. Marx no terminó su obra monumental, *el Capital*, pero dejó al proletariado un método de estudio e interpretación de los hechos económicos, con el objeto de aplicarlo a los datos más recientes suministrados por el desarrollo capitalista sin disfrazar su alcance revolucionario. Aquí, el revisionismo y sobre todo el revisionismo alemán, buscaba hacer trampas, elaborando doctrinas «nuevas» que constituían solo rectificaciones secundarias en apariencia, pero en realidad esenciales, a las doctrinas de Marx. Si hablamos de «hacer trampas» es por-

que (y Lenin lo mostró mejor que nadie) el revisionismo no se presentaba solamente como un producto de resultados científicos objetivos, sino de un proceso de oportunismo político y de corrupción de los jefes proletarios que incluso utilizarán la maniobra de retirar de la circulación importantes escritos de Marx y Engels cuyo pensamiento trataban, o bien de falsear, o bien de *rectificar*.

Junto a otros economistas como Rosa Luxemburg y el Kautsky de la buena época, continuando la crítica económica al capitalismo hecha por Marx, en innumerables escritos Lenin sostiene que la ciencia económica marxista está perfectamente en capacidad de explicar los fenómenos modernos como los monopolios económicos y la lucha imperialista por los mercados coloniales; y que por lo tanto no había necesidad de modificar ninguna de sus teorías fundamentales sobre la naturaleza del capitalismo, y sobre la acumulación de ganancias gracias a la explotación de sus asalariados. En 1915, Lenin resume estos resultados en el *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, obra de vulgarización que sigue siendo fundamental en la literatura comunista. Esta actitud teórica es el punto de partida de su lucha política contra el oportunismo y la bancarrota de los viejos jefes en la guerra imperialista. Volveremos más tarde a este punto.

En el dominio más estricto de Rusia, Lenin mantuvo una lucha teórica, contra los falsificadores **burgueses** del marxismo. Con el rechazo del contenido político y revolucionario del marxismo, estos pretendían aceptar su sistema y su método económico e histórico que utilizaban para demostrar que en Rusia el capitalismo debía triunfar contra la feudalidad; pero su adhesión disimulaba mal su proyecto de reprimir todo avance futuro del proletariado.

Como hemos constatado, en su obra de teórico, Lenin se presenta

como el defensor de la inseparabilidad de las partes que componen la concepción marxista. Y no lo hace por dogmatismo fanático – nadie menos que él merece esta acusación – sino apoyándose en el examen de una enorme masa de hechos y experiencias aportados por su excepcional trabajo de investigador y militante, e iluminados por su genio incomparable. Tal como lo hace Lenin, debemos considerar a aquellos que aislan arbitrariamente una «parte» del marxismo para disponer de ella como les venga en gana que, o bien son economistas burgueses que encuentran cómodo el método del materialismo histórico, como ocurrió hace algunas décadas, y no solamente en Rusia sino también en Italia (otro país de capitalismo atrasado); o intelectuales ligados a las escuelas filosóficas del neo-idealismo el cual pretenden conciliar con la aceptación de tesis sociales y políticas del comunismo; o bien camaradas que escriben libros para afirmar su acuerdo con la parte «histórico-política» del marxismo pero que proclaman luego que toda la parte «económica» está obsoleta, es decir las doctrinas fundamentales para la interpretación del capitalismo. En diversas ocasiones Lenin analizó y criticó actitudes análogas, de manera marxista indicó que sus verdaderos orígenes se encuentran fuera y contra el interés del verdadero proceso de emancipación proletaria. No menos brillantemente previó de antemano sus peligrosas proyecciones oportunistas que desembocaron de manera más o menos directa en el pase a la causa enemiga, salvo algunas excepciones individuales de ciertos elementos que permanecieron a nuestro lado. Siguiendo los pasos de Lenin debemos responder a aquellos que, después de hacer un inventario de todo su contenido y con el derecho a hacer distinciones arbitrarias, divisiones caprichosas, se «dignan» aceptar nuestras opiniones, que nos

hagan el gran placer de ahorrarse la pena de aceptar el «resto» del marxismo. En efecto, la fuerza mayor de este radica en ser precisamente una perspectiva de conjunto, un reflejo de los problemas del mundo natural y humano y de los hechos políticos y económicos que los acompañan, en la consciencia de una clase revolucionaria.

La obra restauradora de Lenin es más grandiosa, o al menos más conocida universalmente, en lo que respecta a la parte «política» de la doctrina marxista, es decir, en todo lo que respecta a la **teoría del Estado, partido y proceso revolucionario**, sin excluir que esta parte, que nosotros preferimos llamar «programática», incluye también todo el proceso económico que se abre con la victoria de la revolución proletaria. La brillante refutación de los equívocos, mentiras, mezquindades y prejuicios de los oportunistas, revisionistas, pequeño-burgueses, anarcosindicalistas, se lleva a cabo en este dominio de una manera todavía más apasionante e impresionante. Después de Lenin en este terreno las armas polémicas se quiebran en las manos de todos nuestros contradictores cercanos o lejanos. Aquellos que las recogen solo demuestran su ignorancia, es decir, la ausencia del proceso vivo que asume la lucha del proletariado que aspira a su liberación. Recorramos a grandes pasos esta serie de tesis que son tanto fragmentos de realidad fijados en los términos de una doctrina incomparablemente verdadera y vital. Nos basta seguir a Lenin: son las tesis de los primeros congresos de la nueva internacional; son los discursos, programas, proclamaciones del partido bolchevique en la vía de la gran victoria; es finalmente la muestra paciente y genial de **El Estado y la Revolución** donde demuestra que estas tesis nunca han sido otra cosa que las de Marx y Engels, en la interpretación correcta de los textos clásicos y en la

verdadera comprensión del método y el pensamiento de los maestros desde el Manifiesto hasta el análisis de los acontecimientos posteriores y sobretodo a las revoluciones de 1848, 1852 y de la Comuna de París. Obra que acompaña el avance histórico del proletariado mundial y que Lenin retoma junto a las batallas revolucionarias de Rusia: la derrota de 1905 y la aplastante revancha, 12 años más tarde.

El problema de **la significacion del Estado** es resuelto en el cuadro de la doctrina histórica de la lucha de clase: el Estado es la organización de la fuerza de la clase dominante, nacida revolucionaria, devenida conservadora en sus posiciones. Como para todos los otros problemas, no existe «el Estado», como una entidad inmanente y metafísica que espera la definicion y el juicio del filósofo reaccionario y anarquizante de turno; pero existe el Estado burgués, expresión del poder capitalista, como más tarde existirá el Estado obrero y como luego tendremos la desaparición del Estado político. Nuestro analisis científico nos permite mostrar que todas estas fases se suceden dialécticamente durante el proceso histórico, en que cada una de ellas nace de la precedente constituyendo su negación. ¿Qué es lo que las separa? **Entre el Estado de la burguesía y el del proletariado se ubica necesariamente el punto culminante de una lucha revolucionaria hacia la cual el partido político comunista orienta a la clase obrera, y que obtiene la victoria derrocando por la vía de las armas al poder burgués e instaurando el nuevo poder revolucionario; emprendiendo primero que nada la destrucción del viejo aparato de Estado en todas sus ramificaciones y organizando con los medios más enérgicos la represión de las tentativas contrarrevolucionarias.**

A los anarquistas respondemos que

el proletariado no puede inmediatamente suprimir toda forma de poder, sino que al contrario debe asegurar «su» propio poder. A los socialdemócratas les respondemos que el medio para arribar al poder no es la vía pacífica de la democracia burguesa, sino la guerra de clase y solo ella. Lenin es el maestro de todos nosotros debido a su larga lucha por defender, con el vigor sarcástico y corrosivo de la polémica enseñados por Marx y Engels, esta posición tan falsificada del marxismo: la crítica de la democracia burguesa, la demolición de la impostura legalitaria y parlamentaria, la burla del sufragio universal y otras panaceas semejantes como armas del proletariado y los partidos que se sitúan en ese terreno.

Valiéndose magistralmente de los fundamentos de la doctrina, Lenin resolvió todos los problemas del régimen proletario y del programa de la revolución. «*No basta con detentar el aparato de Estado*», decían Marx y Engels comentando a muchos años de distancia del **Manifiesto**, después de la Comuna de París. Los oportunistas, usando una «estafa» teórica devenida clásica, concluían arbitrariamente que la economía capitalista debía evolucionar lentamente hacia el socialismo mientras que el poder obrero se preparaba legalitariamente. Lenin demostró todo lo contrario: **hay que no solamente apoderarse del viejo aparato de Estado, sino volverlo pedazos y reemplazarlo por la dictadura del proletariado. A esto no se llega por vías democráticas ni esta se basa en «principios» inmortales (para el filisteo) de la democracia. Esta (dictadura) excluye los miembros de la burguesía vencida por la nueva libertad, la nueva igualdad política, la nueva «democracia proletaria» (como Lenin mismo acostumbraba decir), dando a la «democracia» una interpretación más etimológica que histórica.** Con formulaciones de una

evidencia cristalina y con una magnífica coherencia teórica, Lenin mostró aquí cuáles eran las únicas bases realistas para la libertad de vivir y gobernar para el proletariado. Denunciará a quienes quieren la libertad de asociación y prensa como siniestros agentes, inconscientes o estipendiados, de la restauración anti-proletaria; en la polémica con Lenin, estos serán inevitablemente aplastados; en la práctica, esperamos que la Guardia Revolucionaria tendrá bastante pólvora para compensar en ellos la comprensión limitada que tienen de los argumentos teóricos.

Con respecto a las tareas del nuevo régimen, Lenin explica a la vez —no solo en lo que concierne a Rusia, de la que más tarde hablaremos, sino en general—, el carácter necesariamente gradual de las transformaciones, y la verdadera naturaleza de su divergencia con la economía burguesa privada, en el dominio de la producción, de la distribución y de todas las actividades colectivas.

Aquí también la relación es rectilínea y fulgurante con las fuentes más auténticas de la doctrina marxista; con las respuestas de Carlos Marx a las miles de confusiones y banalidades de los adversarios burgueses o de los discípulos de Proudhon, Bakunin, Lasalle; con las mejores polémicas de la izquierda marxista contra el sindicalismo soreliano. Después de la toma del poder, subsistirá todavía una burguesía a la que habrá que reprimir mediante la dictadura; en el proletariado y sobre todo en el semiproletariado habrá todavía elementos recalcitrantes que habrá que someter a la disciplina de la ley; mediante sus decretos el nuevo poder intervendrá de manera «despótica» (Marx) en el terreno económico. ¿No es, pues, contradictorio afirmar que hay que «esperar» para suprimir ciertas formas capitalistas en ciertos sectores dados? Lenin resuelve la contradicción en forma lógica, definitiva,

magnífica, con la definición de un programa revolucionario que no teme a la realidad, porque no teme adherirse a ella, porque no teme empuñarla y pulverizarla en los sectores que hicieron su tiempo, en sus formas muertas, a lo largo del proceso implacable de las evoluciones y revoluciones.

Como factor de toda esta lucha renovadora, contra las degeneraciones laborista y sindicalista, Lenin vuelve a hallar el rol del partido político de clase, marxista y centralizado, a la disciplina casi militar en los momentos supremos de la lucha; y arroja a la cara de los oportunistas que la «política» de la clase revolucionaria no es la baja maniobra parlamentaria, sino la estrategia de la guerra civil, la movilización para la insurrección final, la preparación para la gestión del nuevo orden.

Luego de los esfuerzos, los dolores del parto de un nuevo régimen previstos en el clásico pasaje de Engels, es decir, después de la época en que la vanguardia revolucionaria debe hacer sacrificios indispensables, se erige como coronamiento del magistral edificio la **sólida previsión científica** — y no el producto de impacencias místicas de pensadores ineptos — **de la sociedad sin Estado y sin coacciones, de la economía fundada en la máxima satisfacción de las necesidades de cada uno de sus miembros, de la completa libertad de los hombres, no como individuos, sino como especie que vive en solidaridad en el sometimiento completo y racional de las fuerzas y los recursos de la naturaleza.**

Es a Lenin, pues, que debemos la restauración de nuestro «programa», además de nuestra crítica del mundo en general y del régimen burgués en particular, restauración que en su conjunto complementa la elaboración teórica de la ideología que pertenece al proletariado moderno.

EL REALIZADOR DE LA POLÍTICA MARXISTA

La obra teórica de Lenin no puede ser considerada separadamente de su obra política: las dos cosas se mezclan continuamente, y nosotros no las hemos separado sino por comodidad de exposición. Al mismo tiempo que restableció la concepción y el programa revolucionarios del proletariado, Lenin se convirtió en uno de los principales jefes políticos, y aplicó en la práctica de la lucha de clase los principios que defendía en el terreno de la crítica doctrinal. El campo de esta grandiosa actividad en su vida demasiado breve no se limita solo a Rusia sino que se extiende a todo el movimiento proletario internacional.

Consideremos ante todo la obra de Lenin en el curso de más de treinta años de lucha política en Rusia, hasta el momento en que apareció como jefe del primer Estado proletario. Los adversarios de todas las tendencias han querido negar la continuidad y unidad que existe entre esta tarea de la gran figura histórica de Lenin y su doctrina marxista. No se trataría de una realización del programa político del proletariado del Occidente capitalista y «civilizado», de una victoria efectiva del socialismo conocido en los países modernos y desarrollados, sino de un fenómeno histórico híbrido, propio de un país atrasado como Rusia; se trataría de un movimiento, una revolución, un gobierno «asiáticos» que no tienen derecho a reclamarse de la tarea histórica del proletariado; y que este no tendría ningún derecho de considerarla como su primera victoria, como la prueba histórica de que la realización de sus ideales revolucionarios es posible. La burguesía occidental dice esto para cuidarse del peligro de un «contagio» bolchevique; el oportunista socialdemócrata, para no reconocer la liquidación de su programa de colabora-

ción de clases y de sus perspectivas de evolución legal y pacífica, cosas que sin vergüenza alguna presenta como el atributo del proletariado avanzado de los países «civilizados»; el anarquista, para atribuir a la naturaleza del pueblo ruso y a las tradiciones de absolutismo las formas coercitivas de la revolución, y por obstinarse en no ver la prueba evidente, que «*salta a los ojos*», de la necesidad ineluctable de esta.

No hay nada más estúpido que estas tesis. Lenin expresa el contenido **internacional, mundial e incluso occidental** (si por Occidente se entiende como el conjunto de pueblos de raza blanca afligidos por las delicias más modernas del capitalismo industrial) **de la revolución rusa**. Los hechos lo demuestran de una manera evidente, más allá de todos los argumentos que militan en favor del análisis marxista según el cual todos los países conocerán el advenimiento del proletariado y del comunismo.

Vladimir Ilich Uliánov nace en 1870, veinte años más tarde entra en la lucha política en Rusia. ¿Qué significa esta fecha de 1890, sino el año de templar las armas del futuro jefe proletario? Mucho tiempo antes, durante décadas, existió en Rusia un movimiento revolucionario notable y multiforme. Este había sido suscitado por lo que quedaba del absolutismo y del feudalismo, ya abatidos en el resto de Europa por las revoluciones democráticas burguesas. Más allá de la facilidad de asimilación de la raza eslava, la emigración continua de proscritos hacia los centros intelectuales del extranjero hizo más activa esta importación ideológica. Pero no se trata de importar ideologías; había que encontrar la que correspondiera al desarrollo real de las condiciones sociales rusas y que poseyera una base de clase concreta. Como teoría, el marxismo penetra a su vez en Rusia con Plejánov quien precede cronológicamente a Lenin y que fue en su

época uno de los mejores marxistas y el maestro del mismo Lenin.

Al mismo tiempo que se arma de la totalidad de las doctrinas elaboradas por el movimiento proletario avanzado de Occidente, Lenin es el primero en desarrollar una actividad política en el seno de la clase obrera naciente en Rusia, vinculándose a las cuestiones concretas de su vida en las fábricas y formulando la función original que debe llenar en el cuadro de la vida rusa. Última en llegar y estadísticamente insignificante dentro de la inmensa población del imperio ruso, la clase obrera aparece a Lenin como la protagonista de la revolución ineluctable. Su función, su aporte no podían, pues, ser «**específicamente rusos**»; es, al contrario, la penetración de los instrumentos y condiciones del gran capitalismo proveniente de Occidente, que lo han hecho posible, y que a su vez ha permitido la asimilación de la crítica fecunda al capitalismo, desde hace tiempo elaborada en Occidente por el marxismo, y del método de interpretación de las sociedades y épocas históricas más variadas pertenecientes a la clase proletaria; en otras palabras, es la penetración del capitalismo lo que ha permitido la penetración en Rusia del materialismo histórico y de la crítica marxista a la economía burguesa nacidos en Occidente.

Después de habernos presentado a Lenin como un mongol y un místico, los cretinos de la polémica periodística, ahora nos lo quieren servir como un pedante alemán y un instrumento del pangermanismo. Basta con recordarles que en su época los ignorantes ya habían tratado a Karl Marx, en quien Lenin encontró ya elaborada la mentalidad que necesitaba, de agente alemán, mientras que nuestro barbudo había sacado la mayor parte de los materiales de su doctrina económica del país en que el capitalismo había alcanzado su primer desarrollo económico, Inglaterra, y que había to-

mado con el más grande rigor los datos más significativos de las revoluciones burguesas, la revolución francesa. Marx y Lenin vivieron largos años fuera de sus países nativos, y como todos los grandes revolucionarios, ambos presentaban características psicológicas opuestas a las de su nación. No hay nada que contraste más con el pedante universitario alemán clásico que el tipo mental psicológico brillante y vibrante de Karl Marx, quien sin embargo no tenía nada que envidiar por la tenacidad en el trabajo y la preparación intelectual. Igualmente, no hay nada más opuesto a la inercia contemplativa y mística del ruso que el realismo, precisión y trabajo intensivo de Lenin, formidable máquina humana de alto rendimiento. Marx era de ascendencia judía, cierto; incluso, si esto fuera realmente un defecto, ello no se le podría imputar a Lenin! Pero esto no es más que argumentos postreros para no admitir que estos dos colosos han sido los representantes más importantes de un movimiento al cual nadie puede negar, incluso de lejos, el calificativo no retórico de «mundial».

Para describir todo el rol histórico de Lenin en la lucha política en Rusia, habría que exponer la historia compleja del partido bolchevique y de la más grande revolución conocida, cosa que es imposible hacer aquí.

La figura de Lenin se esboza poniendo en relieve primeramente todas las posiciones teóricas y políticas de los otros movimientos anti-zaristas, y en particular de aquellos que fabricaban teorías híbridas para la acción de las clases trabajadoras. Lenin es implacable con todas estas formas de oportunismo y en su lucha contra estas, no recula ante ninguna consecuencia.

Al liberalismo político burgués que tiende a expandirse en el proletariado ruso por intermedio de intelectuales forzosamente rebeldes al orden reinante,

Lenin opone una ideología de la clase obrera. Uno de los jefes populistas había declarado que «el proletariado tenía una gran importancia para la revolución». Esta frase expresaba bien la intención de la burguesía de «servirse» de las masas para derrocar el absolutismo, a fin de establecer a continuación su propia dominación, particularmente sobre el proletariado, como en Francia cien años antes. Pero Lenin responde: no es la clase obrera que servirá a la revolución de los burgueses, puesto que la revolución en Rusia será hecha por la clase obrera y solo por ella.

Esta genial intuición histórica de Lenin se apoyaba sobre un estudio completo de la economía rusa, su naturaleza y su grado de desarrollo. Fue ésta intuición genial que la armó contra todas las falsificaciones del programa revolucionario y contra los diversos partidos y grupos oportunistas. Lenin no solo combatió este marxismo burgués sino también el «economismo» que quería dejar la lucha anti-zarista a la burguesía y limitar al proletariado a una acción por el mejoramiento de sus condiciones económicas, lo que significaba enviar la formación del partido político obrero al momento en que la burguesía haya conquistado las «libertades políticas». En esta lucha teórica que Lenin condujo alrededor de 1900, encontramos ya el contenido de sus campañas ulteriores contra el revisionismo bersteiniano internacional (1) de anteguerra, contra el oportunismo socialpatriota de los años de guerra y el menchevismo de posguerra.

En 1903, durante el Congreso de Londres, Lenin anuncia la escisión del Partido socialdemócrata ruso, aunque desde el punto de vista organizacional no se produciría sino más tarde. La discordia se refería aparentemente a cuestiones de organización interna, que de hecho eran muy importantes puesto que se trataba de un partido ilegal que luchaba bajo una

represión feroz; pero en realidad esta tocaba problemas de fondo, tal como después se demostró. Lenin quiso y preparó despiadadamente esta escisión. Es Lenin quien pronuncia la famosa frase: «antes de unirse, primero hay que dividirse». Esta resume una de sus más grandes enseñanzas: el proletariado jamás vencerá si no sabe liberarse de los traidores, incapaces y vacilantes; jamás tendremos suficiente coraje cuando se trata de extirpar del partido a sus miembros malsanos. Obviamente Lenin fue tratado de desorganizador, sectario, centralizador y autócrata. Él se limitaba a reír de todo estas vacuidades que siempre utilizan los oportunistas cuando se les desinflan sus maniobras. Para los marxistas, los llamados a la unidad no son más que retórica vacía, mientras no correspondan a directivas claras y homogéneas.

Antes de llegar a la irremediable y retumbante ruptura de los años de guerra, el partido socialdemócrata ruso vivió toda una serie de desacuerdos; la obra clarificadora de Lenin no se detendrá jamás, pensando en el futuro, acumulando las verdaderas condiciones de la futura victoria revolucionaria. Exiliado en el extranjero, Lenin solo recoge frecuentemente las adhesiones de simples obreros que le rodeaban, a él y a su pequeño grupo de fieles. Pero esto no le impidió jamás dudar del resultado final de la lucha. El futuro debía darle la razón: los pequeños grupos se convertirán, a partir de 1917, en miles y miles de

(1) Se trata de una corriente política internacional en el seno de los partidos socialistas, que predica abandonar los objetivos revolucionarios finales y limitarse a la acción inmediata por reformas, según la fórmula del socialista alemán Berstein: «*El movimiento es todo, el fin es nada*».

proletarios que derrotarán al zarismo y al capitalismo; siete años más tarde serán millones de hombres que desfilarán en un interminable cortejo alrededor de los restos mortales de su jefe.

No podemos aquí ocuparnos más a fondo de los «liquidadores» quienes, después de 1905, querían renunciar a las formas ilegales de lucha del partido con el pretexto de que el Zar había acordado una apariencia de constitución; ni del partido socialista revolucionario, su programa y sus métodos pequeño-burgueses que ponía en primer plan al campesinado, pretendiendo que en Rusia el problema central de la Revolución no era la abolición del capitalismo privado. La crítica del partido bolchevique se ejerció no solo contra estas dos corrientes, sino también contra los anarquistas, sindicalistas y tantas otras escuelas políticas de diferente importancia que se agitaban en el periodo pre-revolucionario.

En esta lucha, Lenin creó el partido, el magnífico instrumento de lucha que en 1917 debía responder tan brillantemente a las exigencias revolucionarias. Muy pronto la hora no es ya la de la crítica polémica y la paciente preparación organizativa, sino la de la lucha frontal. Entonces las fuerzas revolucionarias se unen alrededor de aquellos que, muchas veces, fueron divisionistas: los soldados fatigados de la guerra, los campesinos pobres se ganan a la influencia del partido de la vanguardia obrera. Los soviets, que habían aparecido en 1905 durante la primera gran lucha revolucionaria en que el bolchevismo se forjó y afianzó, en 1917 se orientan hacia el partido de Lenin. En este momento de la acción, las cualidades de éste toman una dimensión sobrecogedora, al punto de prestarse fácilmente a ampliaciones místicas. Para nosotros, marxistas, lo que se produjo no fue más que el coronamiento necesario de una preparación completa de las condiciones revolucionarias en todos

los campos. Durante la insurrección de julio, pese a las tentaciones de esos días, Lenin afirma resueltamente que el momento no era para jugarse el todo por el todo. Al contrario, en las jornadas de Octubre, solo o casi solo, Lenin comprende que ese momento había llegado y que no se podía dejar pasar. Y, con su mano infalible da un golpe decisivo, encuadra dentro de una magnífica maniobra de partido la formidable crisis en que se enfrentan las formas sociales antagonicas, y de la que el proletariado debía salir victorioso.

La crítica teórica a la democracia y al liberalismo burgués culmina en la acción práctica en el momento en que los obreros dispersan por las armas ese «atajo de pillos» que significaba la Asamblea Constituyente, ¡democráticamente elegida! La consigna de Lenin «todo el poder a los soviets» se impone. La dictadura del proletariado teorizada por Marx hace su aterradora aparición en la realidad histórica. A pesar de sus numerosos esfuerzos, la contra-revolución no podrá vencer; esta retrocederá frente a un terror revolucionario despiadado, sin lograr aprovecharse de las dificultades económicas que se acumulaban en Rusia contra el gobierno de Lenin, ni tan siquiera ayudado con éxitos del proletariado en los demás países. En esta nueva fase, Lenin y su partido continúan su trabajo, diferente pero no menos arduo, consolidando cada vez más sus fuerzas y su experiencia.

Es poco lo que hemos hablado de Lenin, el realizador de la política marxista en Rusia, aún nos queda examinar toda su actividad internacional. Aquí también su lucha contra las desviaciones del marxismo es a la vez teórica, política y organizativa.

Menos conocido por las grandes masas que los líderes tradicionales de la IIª Internacional, Lenin anima, en el seno de esta, una corriente de izquierda que

lucha contra el revisionismo. Si el Congreso de Estocolmo vota la moción que preconiza la huelga general en caso de guerra, solo se debe a él.

Sobreviene la guerra y Lenin es el primero en comprender que el fracaso oprobioso del 4 de agosto de 1914 destruyó para siempre la IIª Internacional. En el seno de la oposición socialista a la guerra que se reúne en Zimmerwald y Kienthal, se forma una izquierda que se adhiere a la fórmula leninista de «transformar la guerra imperialista en guerra civil». Nos preparamos para la fundación de una nueva Internacional. Con su doctrina ahora afianzada sobre bases marxistas sólidas y habiendo dado un ejemplo grandioso de política proletaria con la victoria del partido comunista ruso, esta se constituye en 1919 en la capital del primer Estado proletario.

Después de la restauración de la teoría proletaria, la obra de la Tercera Internacional se refuerza con la aplicación de medidas concretas para desembarazarse de los oportunistas de todos los países: reformistas, socialdemócratas, centristas de todas las categorías son expulsados de las filas de la vanguardia obrera mundial. La obra de regeneración se desarrolla en todos los viejos partidos y se constituyen las bases de la nueva organización revolucionaria del proletariado. Lenin lleva a cabo la difícil operación con mano de hierro, disipando las vacilaciones, combatiendo las posibles debilidades.

Más tarde hablaremos un poco acerca de las razones que hacen que esta lucha gigantesca todavía no se impusiera en todos los países de manera definitiva, y, en el momento en que Lenin nos deja, en muchos frentes, no marchaba a nuestro favor.

La obra de la nueva Internacional presenta algunos aspectos en los que es necesario detenerse. La restauración teórica del marxismo conducía muy na-

turalmente a las conclusiones fundamentales del Congreso constitutivo en materia de programa, y a una buena parte de las doctrinas que hemos encontrado mejor elaboradas en el Segundo Congreso (1920), el mejor de la Internacional. Así, las condiciones de admisión en los partidos comunistas, las tesis sobre el rol del partido comunista, sobre la significación de los consejos de obreros y campesinos, sobre el trabajo en los sindicatos. Pero otras cuestiones también han sido tratadas de una forma igualmente fiel a las líneas generales del marxismo, pero con un carácter más acentuado de originalidad con respecto a las lagunas más graves del movimiento socialista tradicional.

Tal como es el caso de la cuestión nacional y colonial. La Internacional había condenado teórica y prácticamente al social-patriotismo y sus sofismas sobre la defensa nacional y la guerra por la democracia, la libertad y la restauración de los principios burgueses de la nacionalidad.

Reafirmando sin equívoco posible esto aprecia dialécticamente la importancia de las fuerzas sociales y políticas que se oponen a los principales imperialismos allí donde no existe todavía un proletariado moderno desarrollado, es decir, en las colonias y pequeños países sometidos a las grandes metrópolis. La Internacional realiza así una síntesis política formidable, en una plataforma perfectamente clasista, de la lucha del proletariado europeo y de los otros países más modernos contra las grandes ciudades burguesas, y de los movimientos de rebelión de los pueblos de Oriente y de las colonias, con el fin de vulnerar el sistema de defensa del capitalismo mundial hasta sus fundamentos, con el concurso de todas las fuerzas. Esta posición conserva para el proletariado comunista mundial su función de dirección y vanguardia; no modifica en nada su ideolo-

gía ni su objetivo final, que sigue siendo la dictadura de clase. Tampoco da concesiones a las promesas teóricas y políticas efímeras y falsas de los nacional-revolucionarios semi-burgueses de estos países en los que, tan pronto sea posible, los partidos proletarios y comunistas deberán arrancar la dirección del movimiento. Siempre y cuando esté confiada a fuerzas políticas solidamente marxistas, esta delicada cuestión histórica no sale del cuadro de la dialéctica revolucionaria. Por contra, no se excluye que pueda volverse peligrosa sobre todo si se busca presentarla como una «nueva» consigna con la cual la Internacional se distinguiría del rigor excesivo de la izquierda marxista. Pero esto solo pueden decirlo los oportunistas que no se sabe con qué intención, no habrían renunciado a vivir al margen de la Internacional.

De la cuestión «agraria» diremos algunas palabras. Pero incluso ya la posición de la Internacional tomada en su Segundo Congreso no hace en el fondo sino poner de nuevo a la luz el verdadero punto de vista marxista sobre los problemas de la economía agrícola. En este dominio también Lenin nos había dado trabajos teóricos remarcables. Políticamente, la Internacional resuelve finalmente el problema que los oportunistas conseguían eludir comodamente. Bajo el pretexto de que el proletariado industrial es el principal motor de la revolución, estos preferían efectivamente lisonjear a una pretendida «aristocracia» obrera para arrastrarla a una alianza con el capital, en lugar de ocuparse del proletariado agrícola.

La doctrina agraria de la Tercera Internacional se funda en el ABC del marxismo que distingue claramente la empresa tradicional y por último la pequeña unidad económica en el cuadro puramente jurídico de la gran propiedad que pertenece a un solo dueño, pero explo-

tada por varias familias campesinas. La Internacional había explicado ya que la transformación socialista se efectuaría gradualmente en la economía en general. En la agricultura, esta debía traducirse con el hecho de que la dictadura proletaria no se proponía aplicar las mismas medidas en los diferentes estadios de la economía. El programa de socialización no concernía sino a las empresas análogas a las de la industria, es decir, del primer tipo. Para la tercera (la pequeña unidad económica del latifundio), el programa era el de eliminar al gran propietario y reponer la tierra a las familias campesinas, esperando que madurasen las condiciones técnicas para un cultivo centralizado y mecanizado. De este análisis teórico se podían fácilmente deducir las relaciones políticas que el proletariado debía establecer con las clases campesinas: solidaridad total con los campesinos pobres, explotación directa del suelo, relaciones eventuales y a determinar con los campesinos medios. Esta política permitía obtener de la segunda categoría una ayuda esencial para la revolución sin debilitar en nada la función del proletariado urbano. De resto, la Constitución soviética confirmaba esta preeminencia dando menos peso a la representación de los campesinos que a la de los obreros que aporta la parte más importante de sus contingentes al nuevo aparato de Estado.

Aquí también las exageraciones y equívocos se vuelven más que posibles por poco que se olviden las tareas revolucionarias esenciales: vean las tendencias «campesinas» que engendra el oportunismo en el partido comunista francés y que han merecido los fuertes reproches del camarada Trotsky. No hay lugar para afirmar que las tesis agrarias de la Internacional aporten soluciones nuevas e imprevistas con respecto a la línea fundamental del marxismo: la obra de la Internacional no tiene necesidad de esto

para engrandecerse, y ello se parece a un anzuelo tendido a las corrientes que se prestan a dudas. No hay ya ninguna razón para presentar al bolchevismo y al leninismo como una doctrina en sí que sería una ideología revolucionaria que consiste en la alianza del proletariado con los campesinos, como el camarada Zinoviev parece querer hacer, aunque esto no esconde ninguna divergencia de fondo. Para las corrientes oportunistas, que no es el caso de nuestro camarada, esto podría aportar una fórmula teórica para camuflar un eventual repliegue histórico de la revolución en Rusia. Pero una de las más bellas tradiciones del partido bolchevique es precisamente haber confiado al proletariado y no a los campesinos como lo deseaban los socialrevolucionarios, el cuidado de aplicar el punto «robado» a su programa: en efecto, el campesinado no puede emanciparse por sus propias fuerzas, solo el proletariado puede guiarlo hacia su liberación...

EL PRETENDIDO OPORTUNISMO TÁCTICO DE LENIN

Vayamos ahora al punto más delicado y más difícil cuando se estudia la figura de Lenin en lo que concierne a sus criterios tácticos, que ahora vamos a abordar: la táctica no es una cuestión independiente de la doctrina, programa y política general. Es esencialmente por esta razón que nosotros rechazamos con todas nuestras fuerzas la interpretación según la cual, en la práctica, Lenin habría dado concesiones fatales a una equívoca necesidad de elasticidad, a una diplomacia cautelosa y los que el bodeguero y el filisteo llaman «realismo». La verdad es que nadie mejor que Lenin ha sabido fustigar el oportunismo del que Engels, que sí preveía ya las desviaciones bernsteinianas, dijo que consiste en

sacrificar la visión y preparación de los objetivos finales del programa al éxito en las pequeñas cuestiones cotidianas, lo cual históricamente constituye su primera definición.

El burgués insiste en esta nota falsa para hacer alarde de no se sabe cual revancha sobre el «utopismo» estupidamente atribuido a Lenin y su escuela. El oportunista hace lo mismo por razones análogas y el anarquista para osar pretender que es el único capaz – ¡qué ilusión! – de guardar en todas circunstancias la actitud integralmente revolucionaria. Por múltiples razones, no puedo exponer aquí toda la cuestión de la táctica comunista lo cual exigiría otros desarrollos. Me propongo solamente hacer algunas observaciones sobre la táctica y la maniobra política de Lenin y reivindicar lo que es el verdadero carácter de su obra. Mañana un debate de esta naturaleza puede devenir de primera importancia, puesto que no se excluye, y ya veremos por qué, que algunos se pongan a invocar una pretendida enseñanza de Lenin quien, perdiendo de vista la unidad de su obra, se habría convertido en su disfraz. Entre el rígido e implacable Lenin de los años de discusión y preparación y el Lenin de las múltiples realizaciones, no hay según nosotros ninguna discordancia.

Aquí también hay que examinar la táctica de Lenin, primero como jefe de la revolución rusa, y luego como jefe de la Internacional. Hay mucho que decir sobre lo que fue la táctica del partido bolchevique antes de la revolución. Ya hemos descrito su obra programática y crítica; quedaría por tratar su comportamiento con respecto a los partidos cercanos en una serie de situaciones contingentes que preceden a la gran acción autónoma de 1917. Los comunistas rusos no toman jamás posición sobre los problemas de la táctica internacional sin invocar estos ejem-

plos, y estos son sin ninguna duda un material de primera importancia el cual hay que exactamente tomar en cuenta, lo que jamás dejaremos de hacer en los debates de la Internacional.

Limitémonos a recordar un episodio de primera importancia, que provocó al mismo tiempo disputas entre los camaradas rusos: la paz de Brest-Litovsk de 1918 con la Alemania imperialista, tratado deseado ante todo por la clarividencia de Lenin: ¿Constituye ésta un compromiso con el militarismo del Kaiser y los capitalistas? Sí, si lo juzgamos desde un punto de vista superficial y formal; no, si aplicamos un criterio dialéctico y marxista: en esta oportunidad Lenin dicta la verdadera política que tomaba en cuenta necesidades revolucionarias supremas.

Se trataba de poner en evidencia el estado de ánimo que había provocado el formidable impulso revolucionario de las masas rusas: salir del frente bélico entre las naciones para derrocar al enemigo interno. Y se intentó reflejar esta situación derrotista en las filas del ejército germánico, algo que se hizo desde el primer momento con las «confraternizaciones». El tiempo dio la razón a Lenin y no a quienes juzgaban superficialmente que se debía continuar la lucha contra la Alemania militarista, sin preocuparse ni de las consecuencias programáticas a largo plazo, ni de las prácticas (que esta vez coincidían totalmente con las primeras: lo que no siempre sucede, y es entonces cuando las dificultades del problema táctico son más graves), que demostraban que la derrota era segura por razones de técnica militar. El general Ludendorff declaraba en sus memorias que, tras una serie de clamorosas victorias militares en todos los sectores y cuando la situación técnicamente era buena en todos los aspectos, el hundimiento del frente germano se debió a causas morales, es decir, políticas: los soldados ya

no querían combatir más. La política genialmente revolucionaria de Lenin, al mismo tiempo que empleaba un lenguaje diplomático con los delegados del Kaiser, despertó al proletario explotado que, bajo el uniforme del soldado-autómata alemán, era conducido al matadero en interés de sus opresores.

Brest-Litovsk no sólo salvó la revolución rusa del ataque del capitalismo germano, que los Aliados se apresuraron a reemplazar con la misma insolencia contrarrevolucionaria, sino que ganó unos meses necesarios para hacer del ejército rojo un baluarte invencible; y además provocó la derrota de Alemania en el oeste, lo que sirvió para glorificar erróneamente la supuesta habilidad estratégica de los Foch o Díaz, jefes militares de los Aliados que durante la guerra demostraron en cientos de ocasiones su incompetencia profesional.

Pasemos ahora al argumento en el que insisten tanto aquellos que tratan de presentar a Lenin como el hombre de las concesiones y transacciones: Nueva Política Económica (NEP) rusa.

Hemos mencionado ya el carácter gradual e internacional de las transformaciones económicas tras la revolución proletaria, y brevemente también el significado teórico y político de las lógicas relaciones que los proletarios industriales de Rusia debían establecer con las clases campesinas. Pero nuestros adversarios políticos dicen que en lugar de avanzar muy lentamente hacia un régimen socialista y luego comunista, ha habido un auténtico retroceso hacia posiciones ya superadas, un restablecimiento de las formas puramente burguesas que se esperaba suprimir y, en fin, que se han hecho concesiones al capitalismo mundial, al que se había declarado una guerra sin cuartel. Y esto supuestamente demostraría que Lenin y los comunistas se prestaron al mismo oportunismo que tanto habían repro-

chado a los demás.

Sin embargo nosotros sostenemos que no puede hablarse de oportunismo en relación a la N.E.P. Esta grandiosa maniobra táctica se llevó a cabo sin perder de vista los intereses supremos de la revolución, sin renunciar a la victoria final sobre las formidables y múltiples resistencias capitalistas. Esto lo demuestra el argumento teórico de Lenin cuando presentó esta política, así como su aplicación práctica, que él dirigió en todo momento hasta hace aproximadamente dos años. Y para ser claros también en la magnífica formulación del problema que hizo León Trotsky en su formidable discurso al IV° Congreso Mundial. La única palabra: Lenin es una garantía de esto.

En un primer período, el problema fundamental de la revolución rusa fue la lucha militar, que continuaba directamente la ofensiva revolucionaria de Octubre, rechazando las múltiples contraofensivas reaccionarias, no tanto en el frente político interno como en todos los frentes que se formaron contra las hordas blancas de las potencias burguesas, grandes y pequeñas. En esta épica lucha, que sólo a fines de 1920 pudo darse por terminada tras unos episodios y fases que aquí no puedo relatar, el ejército y la policía rojas se comportaron de forma tan brillante y decidida, que nadie se atrevería a hablar de compromisos y de renunciadas a la hora de valorar este conflicto de clase entre revolución y contrarrevolución. La política del primer Estado obrero y campesino se basó en el antagonismo mundial entre el proletariado y el capitalismo y nada nos hace suponer que aquella perderá su decisión si éste se agudiza, volviendo al terreno militar. Ahora bien, en tal período de guerra civil el problema de la construcción del socialismo era secundario. Lo importante era, por una parte, impedir que las conquistas político-militares del proletariado fueran aplastadas, y por otra parte

provocar la extensión de la victoria revolucionaria a otros países. A principios de 1921 esta fase llegó a su fin. Por una parte la revolución en Europa se alejaba momentáneamente ante el fenómeno de la ofensiva capitalista general contra las organizaciones proletarias, y por otra parte la lucha por derrotar violentamente el régimen de los Soviets había sido abandonada por las potencias burguesas. Ahora ya no se trataba sólo de la vida cotidiana y de conducir la lucha contra el peligro de una restauración burguesa y zarista, manteniendo unidas a las distintas clases revolucionarias, sino de organizar bajo fórmulas que sólo pueden ser contingentes y transitorias la economía de un país como Rusia, en el que la fuerza política del capitalismo y del resto de fuerzas reaccionarias (como el feudalismo agrario) han sido derrotadas; pero, debido a las condiciones técnicas, económicas y sociales, tras siete años de guerra, revoluciones y bloqueo, era imposible constituir un régimen económico plenamente socialista.

¿Acaso por esta razón deberíamos llamar a los mandamases de las hordas blancas dispersas y derrotadas, y declarar que, como no podemos constituir de un golpe la economía comunista, les devolvemos de nuevo el poder para que gestionen el país bajo una economía burguesa? ¿O acaso habría que remediar estas dificultades con el desarme del ejército y del poder revolucionario, apelando a las misteriosas iniciativas «libres» y «espontáneas» del «pueblo», como afirman los anarquistas, sin comprender que esto equivaldría a entregar el poder a los blancos? Ambas opciones se las dejamos a los dementes o a los idiotas.

El análisis marxista que guió a los bolcheviques hacia la difícil solución, con Lenin al frente, fue más claro y valiente.

En ese primer período, las medidas económicas no se adoptaron por su pro-

pio valor como tales, sino para romper la resistencia de ciertas clases y estamentos. Lenin definió este conjunto de medidas como «comunismo de guerra». Así, hubo que demoler despiadadamente, sin medias tintas, el viejo aparato administrativo de la industria rusa que, a pesar de ser un país atrasado, estaba enormemente concentrado; expropiar no sólo a los grandes latifundistas, sino también al mediano propietario agrícola, pues constituía un estamento antirrevolucionario que debía ser puesto fuera de combate; monopolizar completamente el comercio del grano, pues no se podía asegurar de otro modo el aprovisionamiento de las grandes ciudades y del ejército. Dadas las necesidades políticas y militares, no había tiempo para preguntarse si el Estado proletario sería capaz de sustituir las formas abolidas por una organización socialista estable.

Finalizado este período, el problema se planteó en términos esencialmente económicos, a los que hubo que dar, por tanto, una solución nueva y distinta. Hoy todo esto está claro, si lo examinamos sin prejuicios seudorevolucionarios. En la sociedad rusa se dan, dice Lenin, las más variadas formas económicas: régimen agrícola patriarcal, pequeña producción agraria destinada al mercado, capitalismo privado, capitalismo de Estado y socialismo. La lucha no ha llegado al punto económico que va del capitalismo de Estado al socialismo, sino que se trata de la lucha de este «capitalismo de Estado» contra la «lacr» de la economía campesina pequeño-burguesa y el capitalismo privado. Trotsky ya ha explicado qué es el capitalismo de Estado señalado por Lenin, en su discurso ya citado (que debería ser publicado en italiano en un folleto y difundido lo más posible). No se trata de una socialización llevada a cabo por un Estado «burgués», en su acepción tradicional, sino de la socialización, efectuada más bien,

en ciertos campos de la economía, por el poder político proletario, pero con unas reservas y limitaciones que equivalen a dejar intacto el supremo control político y financiero del Estado, a la vez que se adoptan métodos de «contabilidad comercial» capitalista.

Es decir, el Estado ruso hace de empresario y productor, pero dado el atraso económico del país, no puede ser el único empresario, como sucedería en un régimen «socialista»; porque debe renunciar a ser él mismo quien distribuya los productos y tolerar un mercado libre de tipo burgués, donde se deja intervenir al pequeño campesino vendedor, al pequeño empresario industrial, y en ciertas ocasiones al capitalista medio local y al gran capitalista extranjero, en algunas sociedades y fábricas fuertemente controladas, pese a todo, por la república obrera y los organismos adecuados.

Actuar de otra forma, sobre todo en relación a la cuestión agraria, significaría paralizar toda posibilidad de vida productiva. No se puede hablar de socialización, y mucho menos de una gestión estatal de cierta amplitud, en una agricultura tan atrasada como la rusa. No había otra manera de incitar a producir al campesino más que restablecer la libertad de comercio de los productos agrícolas, sustituyendo las requisiciones del «comunismo de guerra» por el pago al Estado de un impuesto «en especie».

Esta nueva orientación de la política económica se presenta como una especie de retirada, pero esta retirada, en el sentido efectivo que se le da ahora, no es más que un momento inevitable de la compleja evolución del capitalismo y del precapitalismo al socialismo. Un momento previsible también para el resto de revoluciones proletarias, pero cuya importancia evidentemente será mucho menor cuanto más desarrollado esté el gran capitalismo y cuanto más extenso sea el «territorio» de la victoria proletaria.

Hay que subrayar otro peligro que la N.E.P. supo encauzar a tiempo: el *desclasamiento* del proletariado industrial. Las dificultades de suministro a los grandes centros urbanos habían provocado la migración de trabajadores de las fábricas hacia el campo. Esto, además de consecuencias económicas, tenía otra consecuencia gravísima de naturaleza socio-política: al aislar la revolución y sus órganos de su base principal, de la clase obrera de las ciudades, se comprometían las condiciones esenciales necesarias para la evolución futura. Las medidas adoptadas permitieron afrontar también este fenómeno, levantar de nuevo el nivel de vida económica, y luchar contra el flagelo natural de la carestía, que venía a añadirse desgraciadamente a las demás dificultades provocadas por el adversario.

Entre las medidas que caracterizan la Nueva Política Económica se incluye, naturalmente, la instauración de un *modus vivendi* económico e incluso diplomático con los Estados burgueses. Ninguna teoría sería de la revolución puede pretender que los Estados burgueses y proletarios deban estar permanentemente en guerra. Esta guerra es por supuesto posible, pero al proletariado le interesa suscitarla sólo cuando favorezca la eclosión de la guerra civil en el seno de los países burgueses, que es la vía «natural» que conduce a la victoria del proletariado. Dado que esto no era posible desde el punto de vista comunista, y habiendo constatado por su parte los Estados burgueses la imposibilidad de suscitar en Rusia una revuelta anticomunista, no es extraño que se diera un período de tregua militar y de relaciones económicas, algo que ambas partes creían necesario. Sería pues ridículo reducir este problema a una cuestión de repugnancia hacia los contactos y exigencias protocolarias.

La ruptura de la Conferencia de Gé-

nova (2) demuestra que el gobierno ruso no renuncia en absoluto a las cuestiones de principio y que no se prepara de ningún modo para volver a la economía privada, ni siquiera momentáneamente, como les gusta insinuar constantemente a todos nuestros adversarios. Arrancando al capitalismo algunas de sus fuerzas de la gran producción, sin tener que pagarle con recursos naturales rusos, se prosigue la obra teorizada por Lenin de suprimir poco a poco la pequeña economía industrial, agraria y comercial, que es el principal enemigo del proletariado allí donde, como en Rusia, la organización del dominio político del gran capitalismo ya ha sido puesta fuera de combate. El problema de las relaciones políticas con la clase campesina no se resolvió de manera oportunista, porque aunque se han hecho concesiones al pequeño campesino, no debe perderse de vista que esto representaba un factor revolucionario, en la medida en que a la lucha del campesino contra el terrateniente se unió la lucha del proletariado contra el capitalismo. Sin embargo, en un futuro, el programa obrero deberá renunciar y superar definitivamente el programa de alianza con el campesinado.

Tras estas indicaciones incompletas pasaré a tratar la idea que muchos se hacen acerca de la táctica preconizada

(2) Las negociaciones de la Conferencia de Génova en 1922 fracasarán, ya que los rusos rechazaban la indemnización de los bienes nacionalizados por la revolución, exigida por Francia y Bélgica. Belgas y franceses se convertirán además en los campeones de la abolición total de las deudas de guerra y reclamarán una indemnización por las consecuencias del apoyo acordado por los Aliados a los contrarrevolucionarios blancos.

por Lenin para la Internacional Comunista, y de sus vivas críticas contra los criterios tácticos de la «izquierda».

El método del que se sirvió Lenin para examinar los problemas de orden táctico y para construir la teoría del «*compromiso*» es plenamente satisfactorio. Pero acto seguido debo decir que, a mi parecer, la vasta tarea que consiste en elaborar con este método la táctica que debe adoptar la Internacional, no se ha resuelto ni mucho menos. Lenin deja «*agotada*» la cuestión de la doctrina y del programa, *pero no la cuestión de la táctica*. Subsiste el peligro de que el método táctico de Lenin sea desnaturalizado hasta llegar a olvidar las premisas programáticas revolucionarias, lo cual podría eventualmente poner en peligro la propia consistencia de nuestro programa. Algunos elementos de derecha de la Internacional invocan a Lenin con demasiada frecuencia, para justificar unas formas de adaptación y de potencial renuncia que no tienen nada que ver con la línea brillantemente revolucionaria y finalista que engloba toda la grandiosa obra de Lenin. El problema es extremadamente grave y delicado.

¿Cuál fue la crítica esencial de Lenin a los errores de «izquierda»? Condenar toda valoración táctica que en vez de basarse en el realismo positivo de nuestra dialéctica histórica y el valor efectivo de las posturas y medios tácticos, quedara prisionera en ingenuas fórmulas abstractas, morales, místicas o estéticas, de las que brotan de improviso resultados totalmente extraños a nuestro método. Todos los ataques contra la fraseología seudorrevolucionaria que sustituye a los auténticos argumentos marxistas, no sólo es justa, sino que cuadra perfectamente con el grandioso trabajo de restauración de los verdaderos valores revolucionarios que debemos a Lenin y que humildemente estamos tratando de esbozar aquí en sus rasgos funda-

mentales. Todos los argumentos tácticos basados en la fobia a ciertas palabras, a ciertos gestos, a determinados contactos, basándose en una pretendida pureza o inmunidad de los comunistas de cara a la acción, son ridículos y constituyen el necio infantilismo que combatió Lenin, fruto de unos prejuicios teóricos burgueses de sabor antimaterialista. Sustituir la táctica marxista por una doctrinilla moral es una estupidez.

Esto no significa que algunas conclusiones tácticas que defiende la izquierda, muchas veces con argumentos ingenuos, no sean fruto de un verdadero análisis marxista desprovisto de toda veleidad ética y estética, y perfectamente preparado para aceptar, tras el examen, las exigencias de la táctica revolucionaria, aunque les falte elegancia y nobleza en su aspecto más inmediato. Por ejemplo, en las tesis tácticas del segundo Congreso de nuestro partido (3), que constituyen un intento en este sentido, al mismo tiempo que se critica el método táctico del frente único de los partidos

(3) Se trata de las «Tesis de Roma», adoptadas en 1922 para el Congreso del PC de Italia [disponibles en español, en papel y de libre acceso en nuestro sitio internet]. Estas presentan un interés particular como única tentativa en el seno de la Internacional para sistematizar los problemas de táctica. Aprobadas por todo el partido, estas serán negadas posteriormente por la dirección centrista de Gramsci y Togliatti catapultados por Moscú para meter en cintura al partido italiano. Estas tesis fueron criticadas en 1924 por Radek en nombre de la Internacional (quien además supervisaba la acción del partido alemán) y esta crítica fue publicada en la revista *Stato Operaio* [Estado Obrero] en manos de los centristas italianos.

políticos como órgano permanente por encima de éstos, no se emplea nunca, para llegar a tales conclusiones, el argumento de que es indigno para los comunistas tratar con los dirigentes oportunistas, o aproximarse a ellos. Creo que la misma palabra oportunista debería cambiarse, por su sabor moralista. He mencionado el problema no para discutirlo, sino sólo a modo de ejemplo explicativo.

Teniendo en cuenta los últimos resultados de la experiencia táctica de la Internacional y el hecho de que hace ya dos años que Lenin no es su animador, tenemos derecho a afirmar que si queremos llegar a una solución hay que discutir este problema. Nos oponemos a traducir el realismo marxista de Lenin en la fórmula de que cualquier expediente táctico es válido para nuestros fines. La táctica influye a su vez en quien la adopta, y no puede decirse que un auténtico comunista, bajo el mandato de la auténtica Internacional y del auténtico partido comunista, pueda hacer cualquier cosa sabiendo que no se equivocará. Hemos visto el reciente ejemplo, que señalamos de pasada, del gobierno obrero de Sajonia (4). El presidente de la Internacional se vio obligado a afirmar escandalizado, con toda razón, que el compañero enviado al puesto de canciller del Estado, en lugar de seguir la táctica revolucionaria prefijada y organizar el armamento del proletariado, quedó prisionero de la legalidad. No se trata ya, dijo Zinoviev, de propuestas de acción comunista, sino de un respeto puramente germánico a la cancillería del Estado. La frase es fuerte, y digna de Marx (quizás es del mismo Marx), pero Zinoviev debería preguntarse si la causa del fracaso radica en las cualidades del camarada o en la propia táctica planteada, que se enfrentaba a dificultades insuperables.

¿Acaso «ampliar» más allá de todo límite las posibles soluciones tácticas no termina contradiciendo nuestras propias

conclusiones teóricas y programáticas, que son fruto de un auténtico examen *realista*, basado en una continua y amplia *experiencia*? Nosotros consideramos ilusorio y contrario a nuestros principios esa táctica que pretende sustituir la destrucción y demolición de la máquina estatal burguesa, principio vigorosamente demostrado por Lenin, por la penetración en este aparato con no sabemos qué caballo de Troya, con la pretensión – verdaderamente seudorrevolucionaria y pequeño-burguesa – de minarla desde el interior. La situación de los ministros comunistas sajones, que acabó siendo ridícula, demuestra que no se puede tomar la fortaleza capitalista con estratagemas que eluden el asalto frontal de las masas revolucionarias. Es un grave error hacer creer al proletariado que esos expedientes pueden ahorrarle dificultades, esfuerzos y sacrificios. Esto ha provocado una grave desilusión en el partido alemán, y ha tenido desagradables consecuencias, aunque es discutible que éstas fueran tan graves como para no haber podido desencadenar el ataque general directo en un momento en el que podría haber triunfado (5). Ahora los comunistas alemanes lanzan la con-

(4) Este episodio desastroso de alianza entre comunistas y socialistas para llegar pacíficamente al gobierno de una región de Alemania – el Estado de Sajonia y Turingia – correspondía a la puesta en práctica de la consigna del «Gobierno Obrero» combatido desde el inicio por nuestra corriente.

(5) Luego del fracaso de la insurrección alemana, cancelada a última hora por la dirección del partido, los dirigentes de la Internacional encontrarán un chivo expiatorio en la persona de los dirigentes alemanes, sin reconocer que estos últimos no hicieron más que aplicar una táctica

signa de la insurrección general y de la dictadura proletaria. Pero hay que decir que, si bien las situaciones y las relaciones de fuerza varían bastante y en muchos casos no se puede dar esa consigna como fórmula inmediata, está irremisiblemente demostrado que sólo hay *un camino* que seguir: «*no existen revoluciones a medias, sólo revoluciones*».

Muchos quieren hacernos creer que la mentalidad de Lenin fue la de dejar en blanco la página sobre la que se debe escribir el cotidiano trabajo táctico, excluyendo toda generalización. Este sería el pretendido realismo «auténticamente marxista». Así es como aparece un «verdadero marxismo», que mañana podría convertirse en algo análogo al «verdadero socialismo» combatido por Carlos Marx. Todo lo que sabemos de Lenin y de la síntesis colosal que constituye su obra, nos autoriza a rechazar esta falsificación, que lo rebajaría a nivel de aquel oportunismo vulgar contra el que luchó toda su vida. El método táctico marxista debe apartarse de los prejuicios que proceden de ideologías arbitrarias y de las actitudes psicológicas que se introducen de refilón, debe basarse en la realidad y la experiencia; pero esto no

tica aprobada por la Internacional y sin plantearse más cuestiones sobre la posibilidad real para el partido alemán de llevar a cabo una insurrección victoriosa en las condiciones previstas. Según la táctica del Frente Único, la insurrección debía hacerse con el apoyo de los socialistas de izquierda sobre la base de una huelga general lanzada en toda Alemania para apoyar al «gobierno obrero» de Sajonia contra las amenazas de la burguesía; por supuesto, los socialistas se escabulleron en el último momento y los dirigentes del PC retrocederán ante la idea de lanzarse solos en la aventura.

significa descender al chismoso y cobarde «eclecticismo», ya estigmatizado por el bolchevismo ruso y que oculta la cobardía pequeño-burguesa de los falsos revolucionarios. Nuestro realismo y nuestro método experimental rechazan todas las abstracciones ideológicas gratuitas, pero tienden, en la elaboración de la consciencia del movimiento, sobre unas bases rigurosamente científicas, a lograr una dirección unitaria y sintética, no caprichosa y arbitraria, de la práctica cotidiana.

Nosotros validamos la táctica de Lenin, todo lo libre de prejuicios que es posible, en el sentido de que fue quien menos se dejó guiar por las caducas sugerencias sentimentales o por obstinaciones formales, nunca abandonó la plataforma revolucionaria, esto es, la coordinación con el objetivo supremo e integral de la revolución mundial. Y esta coordinación hay que precisarla y aclararla en las discusiones sobre la táctica en la Internacional. En este terreno Lenin también nos ha dejado un método y sin duda algunas fórmulas válidas, pero no una elaboración completa, porque hasta ahora esto no era históricamente posible. Al proseguir con su trabajo, la Internacional deberá tener en cuenta el riesgo de que la tesis de la máxima libertad táctica no sirva para encubrir el abandono y la desertión de la «plataforma» de Lenin, es decir, que no debe perder de vista las finalidades revolucionarias. Si esto ocurre, sería el puro voluntarismo anti-realista lo que determinaría las decisiones tácticas, basándose no ya en un conjunto sintético de consignas, sino, por así decirlo, en la simple firma de éste o aquel. Esto arruinaría toda la disciplina unitaria de nuestra organización, en el sentido verdaderamente fecundo del término. Y no diré nada más sobre el tema.

A quien destaque en Lenin al táctico «sin reglas fijas», nosotros le opon-

LA FUNCIÓN DEL JEFE

dremos siempre la unidad que articula toda su obra política. Ese gran Lenin que, con la mirada puesta en la meta final revolucionaria, en la época de preparación de la revolución, no temió que le llamaran disgregador, centralizador, autócrata, devorador de sus maestros y amigos. Ese Lenin que aportó claridad y precisión, aunque esto conllevara la quiebra de las falsas concordias y las alianzas postizas. El hombre que supo contemporizar cuando era el caso, pero que llegado el momento también supo actuar con decisión, y que, como ya he recordado, en octubre de 1917, frente a las propias dudas del Comité Central de su partido, tras inundarlo de mensajes apremiantes, corrió en persona a Petrogrado, incitó a los obreros a empuñar las armas, y superó todas las incertidumbres. Un burgués, que le oyó hablar, explicaba: «me habían hablado de su lenguaje frío, realista, práctico: no he oído más que una serie de ardientes incitaciones a la lucha: ¡tomad el poder!, ¡derrivad a la burguesía!, ¡echad al gobierno!»

Ahora bien, el Lenin de táctica comedida es el mismo que encierra potencialmente esas facultades de audacia revolucionaria. Muchas marmotas querían revestirse con la piel de este león. Por eso nosotros, a todos aquellos que, aunque su potencialidad revolucionaria nos dé motivos para dudar, citan a Lenin refiriéndose a su habilidad y elasticidad tácticas, debemos decirles: haced lo mismo, demostradnos que también podéis encarnar la imperiosa necesidad de la victoria de la revolución, que en el instante supremo necesitará de un irresistible arrojío y golpes decididos, ¡y después tendréis el derecho de hablar en su nombre!

No, Lenin no es el símbolo de una práctica accidental y oportunista, sino el de la férrea unidad de la fuerza y la teoría revolucionaria.

Pero Lenin ha muerto. El coloso abandonó su obra hace ya algún tiempo. ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Qué lugar ocupan los dirigentes en el conjunto de nuestro movimiento y qué concepto tenemos de su función? ¿Cuáles serán las consecuencias de la desaparición de un dirigente tan excepcional para la acción del partido comunista ruso y la Internacional Comunista, y para el conjunto de la lucha revolucionaria mundial? Antes de terminar este largo discurso, valoraremos un poco este importante problema.

Hay quienes truenan contra los dirigentes, quienes creen que sobran y describen o fantasean con una revolución «sin jefes» (6). El mismo Lenin ilumina con su nítida crítica esta cuestión, despejándola de todo confucionismo superficial. Existen, como realidad histórica, las masas, las clases, los partidos y los dirigentes. Las masas están divididas en clases, las clases están representadas por partidos políticos, y estos son dirigidos por unos líderes: esto es bastante sencillo. Concretamente, el problema de los jefes tomó un aspecto especial en la IIª Internacional. Sus dirigentes parlamentarios y sindicales habían fomentado los intereses de ciertas categorías particulares del proletariado, a quienes tendían a otorgar determinados privilegios a través de compromisos contrarrevolucionarios con la burguesía y el Estado.

Estos jefes terminaron rompiendo los

(6) Alusión a las posiciones «izquierdistas» combatidas por Lenin en su folleto sobre *«la enfermedad infantil»*. Ver al respecto nuestra opúsculo *«La enfermedad infantil»* de Lenin, condena de los futuros renegados».

lazos que aún les unían al proletariado revolucionario, acercándose cada vez más al carro de la burguesía. En 1914 se reveló abiertamente que habían dejado de ser instrumentos de la acción proletaria para convertirse en puros y simples agentes del capitalismo. Esta crítica y la justa indignación contra ellos no nos deben llevar a negar la existencia de los líderes ni en los partidos o en la Internacional revolucionaria, si bien deben ser jefes muy distintos a aquellos. Que las funciones directivas se transforman automáticamente, cualquiera que sea la organización y sus relaciones, en una forma de tiranía o de oligarquía, es un argumento tan trillado y descabellado que hasta Maquiavelo, hace cinco siglos, nos ofrece en *El Príncipe* una crítica clara de este planteamiento. Es cierto que el problema que se le plantea al proletariado, no siempre fácil de resolver, es el de tener unos jefes que no cumplan sus funciones de manera arbitraria ni traicionen los intereses de clase. Pero no es menos cierto que este problema no se resuelve obstinándose en no verlo, o pretendiendo evitarlo aboliendo los jefes, medida que nadie sabría además decir en qué consiste.

El materialismo histórico estudia el problema de la función de los líderes sacándolo decididamente de los estrechos límites en los que lo encierra la concepción individualista vulgar. Para nosotros un individuo no es una entidad, una unidad cerrada y separada del resto, una máquina que funciona con su propia energía o con la que supuestamente le da una potencia creadora divina o no importa qué otra abstracción filosófica, sea la inmanencia, el espíritu absoluto u otros galimatías parecidos. Las manifestaciones y funciones del individuo las determinan las condiciones generales del medio, la sociedad, así como la historia de ésta. Lo que se elabora en el cerebro de un hombre se ha

ido preparando en sus relaciones con otros hombres y en las actividades, también de naturaleza intelectual, de otros hombres. Algunos cerebros privilegiados y entrenados, máquinas mejor construidas y perfeccionadas, saben traducir, expresar y reelaborar mejor ese patrimonio de conocimientos y de experiencias que no existiría si no se apoyara sobre la vida de la colectividad. El líder, más que inventar, lo que hace es revelar las masas a sí mismas, haciendo que éstas puedan reconocer mejor cuál es su situación respecto al mundo social y el devenir histórico. Y logra que las masas expresen en fórmulas externas exactas su tendencia a actuar en este sentido, determinado por los condicionamientos de los factores sociales entre los cuales la economía es la que explica en última instancia todo este mecanismo. Así pues, la mayor aportación del materialismo histórico marxista, como solución genial al problema del determinismo y de la libertad humana, radica en haber sacado este análisis del círculo vicioso del individuo aislado del ambiente y haberlo llevado al estudio experimental de la vida de la colectividad. De manera que la verificación del método determinista marxista que llevan a cabo por los hechos históricos, nos permite concluir que nuestro punto de vista objetivo y científico en el examen de estas cuestiones es correcto, aunque la ciencia en su actual grado de desarrollo no sea capaz de decirnos cómo se expresan en procesos psíquicos colectivos e individuales las determinaciones somáticas y materiales que se ejercen en los organismos humanos.

El cerebro del líder es un instrumento material que funciona gracias a los lazos que le unen a toda la clase y al partido; las formulaciones que el jefe da como teórico y las normas que prescribe como dirigente práctico, no son creaciones propias, sino la materialización de una conciencia cuyos materiales perte-

necen a la clase-partido y son producto de una vastísima experiencia. No siempre todos los elementos de esta experiencia aparecen en el jefe bajo la forma de una mecánica erudición, de suerte que podamos explicarnos de forma realista ciertos fenómenos intuitivos que a veces se toman vulgarmente como adivinaciones, pero esto, lejos de probarlos la trascendencia de tales individuos sobre las masas, nos confirma que el líder es el instrumento del pensamiento y la acción común, y no su motor.

El problema de los jefes no se puede plantear del mismo modo en todas las épocas históricas, porque sus circunstancias se modifican y evolucionan. Debemos abandonar las concepciones que aspiran a resolver estos problemas con los elementos inmanentes y eternos de los hechos espirituales. Nuestro concepto de la historia del mundo asigna un lugar especial a la victoria de clase del proletariado, primera clase que poseyendo una teoría exacta de las condiciones sociales para esta victoria y el conocimiento de su propio objetivo histórico, pueda, «sacando de la prehistoria a la humanidad», organizar el dominio del hombre sobre las leyes económicas. Del mismo modo, la función del líder proletario es un fenómeno nuevo y original en la historia. Y por eso podemos reírnos de aquellos que en ello vuelven a sacar las prevaricaciones de Alejandro o de Napoleón. Volviendo a la brillante figura de Lenin, este no vivió en el período que en un futuro se denominará como el clásico de la revolución proletaria, en el que esta clase desplegará toda su fuerza para aterrorizar a los filisteos; sin embargo su biografía presenta características nuevas, y los clichés históricos tradicionales acerca de la codicia de poder, la ambición o el satrapismo pierden todo significado al compararlos con esta vida recta y sencilla, hasta en los más pequeños detalles de su *comporta-*

miento personal.

Los dirigentes son los que saben más y los que más eficazmente razonan el pensamiento de la clase y quieren la voluntad de la clase, un pensamiento y voluntad que son producto necesario de unos factores históricos sobre los cuales ellos edifican su obra. Lenin ilustra de manera extraordinaria todo esto. Hemos repasado su obra porque nos permite comprender maravillosamente la dinámica colectiva que para nosotros, marxistas, empuja a la historia; pero no somos de esos que admiten que su presencia condicionó el proceso revolucionario que él lideró, y mucho menos que su desaparición debería detener el avance de la clase obrera.

La organización del partido que permite verdaderamente a la clase ser y vivir como tal, se presenta como un mecanicismo unitario en el que varios «cerebros» (realmente no sólo los cerebros sino también otros órganos individuales) asumen tareas diversas según sus aptitudes y capacidad, siempre al servicio de un objetivo y de un interés que progresivamente se unifica cada vez más íntimamente «en el tiempo y en el espacio» (esta cómoda expresión tiene un significado empírico y no trascendente). No todos los individuos ocupan pues el mismo puesto, ni tienen el mismo peso en la organización, pero a medida que esta división de tareas se racionaliza (y lo que vale hoy para el partido-clase valdrá mañana para la sociedad) cada vez será más difícil que los que están a la cabeza se conviertan en privilegiados comparados con el resto. Nuestra evolución revolucionaria no va hacia la desintegración, sino hacia una relación cada vez más científica entre los individuos. Esta relación es anti-individualista en la medida en que es materialista; no cree en el alma o en un contenido metafísico y trascendente del individuo, sino que inserta sus funciones en un cuadro colectivo,

creando una jerarquía que poco a poco sustituirá la coerción por la técnica racional. El partido es ya un ejemplo de esa colectividad sin coerción. Estos elementos generales de la cuestión muestran que nadie ha sabido superar como nosotros las banalidades del igualitarismo y la democracia «numérica». Si para nosotros la base de la actividad es la colectividad y no el individuo, ¿qué valor puede tener para nosotros la cantidad en bruto de individuos? ¿Qué significan para nosotros las palabras democracia o autocracia? Ayer disponíamos de un «campeón» de clase excepcional, dirían los deportistas, y podíamos situarlo en la cima de la pirámide jerárquica. Hoy esta máquina humana ya no existe, pero el mecanismo puede seguir funcionando con una jerarquía distinta; en la cumbre habrá un órgano colectivo, constituido, se entiende, por elementos escogidos. La cuestión no se nos plantea en términos jurídicos, sino técnicos, y no se resuelve con los sofismas del derecho constitucional, o aún peor, del derecho natural. No hay razón de principio que nos obligue escribir la palabra «jefe» o «comité de dirigentes» en nuestros estatutos. De esta premisa parte la solución marxista a la cuestión de la elección: elección hecha sobre todo por la historia dinámica del movimiento y no por la banalidad de las consultas electorales. Si preferimos no escribir en las normas organizativas la palabra «jefe» es porque no siempre tendremos en nuestras filas individuos con la fuerza de un Marx o un Lenin. En conclusión, si existe ese hombre, ese «instrumento» excepcional, el movimiento lo utilizará; pero el movimiento vivirá de igual modo si aquel no existe. Nuestra teoría del dirigente está muy lejos de las estupideces con la que las teologías y políticas oficiales demuestran la necesidad de los pontífices, de los reyes, de los «primeros ciudadanos», de los dictado-

res, y de los «Duces» o «Caudillos», pobres marionetas que se imaginan que hacen la historia.

Más aún, este proceso de elaboración de los materiales pertenecientes a una colectividad, que vemos realizarse en la persona del dirigente, el cual extrae de la colectividad unas energías que devuelven potenciadas y transformadas, no se corta con su desaparición. La muerte física de Lenin no significa en modo alguno el fin de su función de dirigente si, como hemos demostrado, el material por él elaborado sigue siendo alimento vital de la clase y del partido. En este sentido exclusivamente científico, e intentando guardarnos en la medida de lo posible de misticismos y exageraciones literarias, podemos hablar de inmortalidad. Y dada la particular importancia histórica de Lenin y de su labor, podemos señalar que tal inmortalidad supera ampliamente a la de los héroes tradicionales de los que nos hablan la mística y la literatura.

La muerte no es para nosotros el eclipse de una vida intelectual, puesto que Esta no se fundamenta tanto en las personas como en la colectividad, sino un puro hecho físico científicamente valorable. Desde luego que las funciones cerebrales se detienen para siempre con la muerte, y nosotros no creemos en un espíritu desencarnado de Lenin que supuestamente planea sobre nuestras cabezas. Esta potente y admirable máquina ha desaparecido para siempre; pero tenemos la certeza de que su función continúa y se perpetúa en los órganos de combate que él dirigía. La autopsia nos mostró cómo murió, mediante un progresivo endurecimiento de los vasos cerebrales, sometidos a una excesiva e incesante presión. Ciertos mecanismos de altísima potencia tienen una vida mecánica breve; su excepcional esfuerzo entraña su precoz inutilización.

Ese proceso fisiológico que ha matado a Lenin se debe al titánico trabajo que

se impuso en los años decisivos; que se vio obligado a imponerse, pues la función colectiva exigía el mayor rendimiento a este órgano de trabajo, y no podía ser de otro modo. Las resistencias que se oponían a la labor revolucionaria destrozaron este magnífico utenSilio, pero después que este había despedazado los puntos vitales de la materia adversa sobre la que trabajaba.

El propio Lenin decía que la lucha no termina con la victoria política del proletariado; que muerta la burguesía, no podemos deshacernos sin más de su monstruoso cadáver, pues permanece y se descompone entre nosotros, mientras sus pestilentes efluvios impregnan el aire que respiramos. Estos productos venenosos, en sus múltiples formas, han podido con el mejor de los artífices revolucionarios. Había que desplegar un enorme trabajo para afrontar las intervenciones militares y políticas de la reacción mundial y las tramas de las sectas contrarrevolucionarias, para salir de las atroces estrecheces del hambre provocada por el bloque capitalista. Lenin no podía economizar su organismo. A esto hay que añadir los disparos de revólver de la socialrevolucionaria Dora Kaplan, que quedaron en su cuerpo contribuyendo a abreviar su vida. Esforzándonos en ser dignos de la objetividad de nuestro método, sólo echando mano a los fenómenos de patología social podemos explicar algunas actitudes tan insultantes e insensatas, pues de otro modo serían incomprensibles. Nos referimos a algunos anarquistas italianos que han comentado la desaparición del mejor luchador de la clase revolucionaria bajo el título: «¿Luto o fiesta?» También Estos son fermentos de un pasado que debe desaparecer: el futurismo paranoico ha sido siempre una de las manifestaciones de las grandes crisis. Lenin se ha sacrificado luchando contra estas supervivencias que lo rodeaban, incluso en la triple

fortaleza de la primera revolución triunfante; la lucha será aún larga; pero finalmente el proletariado vencerá, alejándose de las múltiples y piadosas exhalaciones de un estado social de desorden y servidumbre, así como de su desagradable recuerdo.

NUESTRAS PERSPECTIVAS FUTURAS

Cuando Lenin muere se presenta ante nosotros un interrogante, y no lo esquivaremos. ¿Ha fallado la gran previsión de Lenin? ¿Se aplazó la crisis revolucionaria que esperábamos junto a él? ¿Durante cuánto tiempo?

No es la primera vez que los marxistas oímos cómo se nos reprocha que las previsiones revolucionarias «catastróficas» de nuestros maestros han sido desmentidas por los hechos. Sobre todo en las obras de los socialistas oportunistas se enumera con complacencia todas las veces que Marx esperó la revolución sin que esta llegara.

En 1847, en 1849, en 1850, en 1862 y en 1872, Marx repite su convicción de que la crisis económico-política del capitalismo de aquella época desembocaría en la revolución social. Los oportunistas se dedican a extraer citas más o menos exactas de las obras teóricas de ese corpus complejo de materiales que es el marxismo. Naturalmente estos críticos son los mismos que luego querían servirnos un Marx reformista y pacífico; sin decirnos como puede conciliarse este Marx con el que anuncia, precipitado e impaciente, catástrofes apocalípticas. Pero dejemos a estos críticos, y veamos qué podemos decir del delicado argumento de la previsión revolucionaria.

Si consideramos la actividad de un partido marxista en su aspecto puramente teórico de estudio de la situación y de su desarrollo, debemos ciertamente admitir que, si esta elaboración alcanza su

máxima precisión, debería ser posible, al menos en las líneas más generales, decir si se está más o menos cerca de la crisis revolucionaria definitiva. Sin embargo, en primer lugar, las conclusiones de la crítica marxista están en constante elaboración a medida que el proletariado se transforma en una clase cada vez más consciente, y aquel grado de perfección no es más que un límite al que debemos aproximarnos. En segundo lugar nuestro método, más que formular profecías en toda regla, aplica de forma inteligente el determinismo para establecer unos enunciados en los que las tesis están condicionadas por ciertas premisas. Más que saber lo que sucederá, nos interesa saber *cómo* se desarrollará un determinado proceso *cuando* se verifiquen ciertas condiciones, y qué cambiará si esas condiciones cambian. La afirmación fundamental de Marx y de Lenin, que nosotros reivindicamos y los hechos no han desmentido, es la de que el capitalismo moderno crea él mismo las condiciones necesarias para la revolución proletaria, y que *cuando* ésta llegue, no podrá más *que* seguir un cierto proceso cuyas grandes líneas las hemos enunciado como punto de llegada de una vasta crítica, que parte de la experiencia.

Si aquí quisiéramos volver a la cuestión de cómo puede acelerarse este proceso por parte del partido proletario, no nos sería difícil llegar a la siguiente conclusión. El partido debe saber prepararse para saber qué hacer en las más distintas eventualidades, pero puesto que es un factor empírico de la historia y no el guardián de la verdad absoluta, algo que para nosotros no existe como un *nec plus ultra*, al partido no sólo le interesa «saber» que cuando la revolución llegue tendrá que actuar de forma adecuada y estar preparado para todas las tareas, sino «creer» que la revolución llegará lo antes posible. La actividad del partido debe estar íntimamente penetra-

da por su objetivo, la revolución total, incluso mucho antes de que ésta se produzca; por tanto, podemos decir que es *útil* que las previsiones revolucionarias se anticipen algo a los acontecimientos, siempre que naturalmente esto no implique errores groseros en la apreciación inmediata de la correlación de fuerzas.

La historia nos demuestra que quienes no han creído en las revoluciones nunca las han hecho; y quienes tantas veces las han esperado como inminentes, a menudo, si no siempre, las han visto realizarse. Es cierto que nuestro movimiento es el menos interesado en presentar el objetivo final como un mito, motor y determinante de la acción, pero no es menos cierto que considerando de manera objetiva y marxista la formación de una psicología de las masas y también de los líderes, esta exageración de las probabilidades revolucionarias puede ser útil, en condiciones adecuadas.

No estamos diciendo que un jefe comunista, aunque sepa que es imposible, deba afirmar que la victoria de la revolución es inminente. Todo lo contrario, debe evitar esa peligrosa demagogia y sobre todo aclarar las dificultades que presentan los problemas revolucionarios. Pero en cierto sentido la perspectiva revolucionaria debe ser reavivada en la ideología del partido y en la masa, así como se reaviva en el espíritu de los mismos dirigentes, como manera de aproximarla a nosotros en el tiempo.

Marx vivió esperando la revolución, y esto lo coloca para siempre fuera del alcance de las injurias revisionistas. Después de 1905, cuando los mencheviques desesperaban de la revolución proletaria, Lenin la esperaba para 1906. Y se equivocó, pero ¿acaso este error llevó a algún desastre estratégico o al contrario aseguró la independencia del partido revolucionario?; ¿o al hecho de que *cuando*, si se quiere con retraso, llegó la revolución, Lenin supo colocar-

se a su cabeza, mientras los mencheviques se pasaban vergonzosamente al enemigo?

Una o varias previsiones fallidas no empequeñecen ni hoy ni mañana la figura de Lenin, ni mucho menos aún disminuyen la figura de Marx, por cuanto Lenin ha hecho «catar» a la burguesía lo que es una verdadera revolución. Dejemos a los patronos y los reformistas, o a los anarquistas, hablar de que «no hubo una revolución», lo único que hacen es que el más simple de los proletarios les someta al ridículo.

En resumen, de las dos partes que componen cada una de nuestras conclusiones o «previsiones» revolucionarias, la segunda es vital; la primera que, si se quiere, se puede traducir por buscar la fecha prefijada de la revolución sólo tiene un valor secundario; es un postulado necesario para la agitación y la propaganda; es una hipótesis parcialmente arbitraria como todas las que debe imponerse cualquier ejército a la hora de preparar sus planes, anticipándose a los movimientos del enemigo y a otras circunstancias independientes de la voluntad de quien lo dirige.

¿Qué perspectivas, pues, se nos plantean hoy en día? Los comunistas de todo el mundo reivindican la tesis de Lenin de que la guerra mundial ha abierto la crisis revolucionaria «final» del mundo capitalista. Puede haber errores secundarios a la hora de evaluar la rapidez de esta crisis y la rapidez con la que el proletariado mundial podrá aprovecharse de ella. Pero esta tesis sigue esencialmente en pie, pues los hechos en los que se basa no han cambiado.

Es posible que atravesemos una fase de depresión de la actividad revolucionaria, no en el sentido de una estabilización del orden capitalista, sino en el sentido de que la combatividad revolucionaria será menor o tendrá menos éxito. Precisamente por no desmentir la valo-

ración esencial de Lenin, esto nos expone al peligro de una fase de actividad oportunista.

En el preámbulo de *El Estado y la Revolución*, el propio Lenin dice que es inevitable que los grandes revolucionarios sean falsificados, como le sucedió con Marx y a sus mejores seguidores. ¿Escarpará Lenin a este destino? Seguro que no, si bien es cierto que este intento tendrá poco eco entre las filas del proletariado, que por instinto seguirá asociando el nombre de Lenin no con la palabra desconfianza, sino con la generosa incitación al combate. Hoy podemos ver como todos los burgueses del mundo tratan de consolarse del espanto que les causó la solidez del régimen soviético (de la que se han dado cuenta con el luto de cientos de millones de hombres al anunciarse su muerte y con unas manifestaciones sin precedentes en la historia), describiendo un Lenin distinto de su ideología, de su causa, de su bandera, un Lenin vencedor, sí, pero por haber sabido recular en una parte del frente, por haber abandonado partes fundamentales de su programa. Rechazamos estos cumplidos engañosos: el mejor revolucionario no necesita la aprobación de sus adversarios, ni concesiones por parte de los escribas de la prensa del capital. No creemos en la sinceridad de estos homenajes de la clase enemiga, y no vemos en ellos más que un nuevo intento de echar abajo la ideología del proletariado. En torno al féretro de Lenin se une el ardiente fervor de millones de proletarios de todo el mundo, y el odio, aunque no siempre manifiesto, de la canalla capitalista, a quien él hizo sentir en sus propias carnes el agujijón de la revolución, el implacable buril que buscará su corazón hasta encontrarlo.

Esta hipócrita actitud del pensamiento burgués, preludia con toda seguridad otros intentos de falsificación, procedente de sectas políticas más o menos cer-

canas a nosotros, contra los que los futuros militantes deberán combatir; y si no es posible hacerlo con la misma genialidad que mostró Lenin en su defensa de los maestros del marxismo, que al menos sea con la misma resolución.

No podemos analizar aquí la actual situación mundial, ni siquiera esbozarla. Estamos ante un retroceso de las fuerzas de la clase obrera en muchos países, en algunos de los cuales predominan formaciones de tipo fascista. Y no somos tan ingenuos como para oponer a esos países, además de la gran y gloriosa Unión Soviética de Rusia, aquellos en los que la izquierda burguesa y la socialdemocracia, con sus respectivos MacDonalld y Vandervelde nacionales, preparan nuevas «hazañas». La ofensiva capitalista ha sido y es un hecho internacional que intenta conseguir la unificación de las fuerzas antiproletarias para enfrentarse política y militarmente a las amenazas revolucionarias, para reducir todo lo posible las condiciones económicas y de vida de la clase trabajadora.

Pero si bien, en grandes líneas, se trata del intento burgués de suplir, con esta baja de la retribución del trabajo, las pérdidas causadas por la guerra a la masa de las riquezas, el propio éxito de la ofensiva política en muchos países y sus resultados desde el punto de vista de la economía mundial nos confirman que la desorganización del sistema burgués es irreparable. Los aparentes renacimientos y todos los expedientes que se han intentado no conducen sino a nuevas dificultades e insolubles contradicciones. Todos los países del mundo se encaminan hacia una nueva depresión económica (7). Por no citar más que un ejemplo, asistimos a la disolución del poder financiero de Francia, baluarte político de la reacción internacional, producto de la crisis de las reparaciones de guerra (8). No podemos

decir que la economía italiana vaya mejor, e incluso aunque tuviera razón la estúpida propaganda que afirma lo contrario, esto no modificaría el cuadro general. Pero todos sabemos que en Italia no sólo es el proletariado, sino también las clases superiores las que atraviesan un período de malestar y de tensión económica que se agrava cada día. En Italia existe un aparato político que se esfuerza más que ningún otro por cargar todo el peso de la crisis sobre las espaldas de las clases trabajadoras, protegiendo sobre todo los intereses de las capas sociales más altas, industriales y agrarias.

La contraofensiva burguesa es para nosotros la prueba de que la revolución es inevitable, y las clases dominantes han tomado consciencia de ello. Una superioridad de la doctrina marxista reside en el hecho de que las mismas clases adversarias se dan cuenta de su validez, y actúan en consecuencia sin dejar de propagar continuos abortos doctrinales y restauraciones ideológicas que ponen en circulación para uso de las muchedumbres. Si pudiéramos examinar los medios con los que la burguesía ha intentado solucionar las famosas «previsiones catastróficas» que enuncian los teóricos del proletariado, veríamos que combina los engañosos expedientes de

(7) La gran crisis económica internacional del capitalismo estallará 5 años después, en 1929. Pero en ese momento el movimiento comunista ya había caído completamente en manos de la contra-revolución estalinista.

(8) Se trata de «reparaciones de los daños causados por la guerra exigidas por el imperialismo francés a Alemania. Para obligar al gobierno alemán, las tropas francesas invadirán, en 1923, la región industrial de la cuenca del Ruhr.

colaboración económica y política (cuyos abanderados eran, son, y serán los demócratas y los socialdemócratas) con el método del contraataque abierto y las expediciones punitivas. Esto demuestra que la reacción está echando mano a todos sus recursos y pronto no tendrá ya nada que oponer a la fatalidad de su derrumbe, aunque antes que la victoria de la revolución prefiera el derrumbe, junto al régimen burgués, de toda vida social humana.

Aquí no podemos decir en qué desembocará, ni cómo repercutirá en la formación de las falanges de lucha del proletariado, asediadas por la violencia y las prepotencias adversarias. Pero toda nuestra experiencia, la doctrina que la clase obrera edificada sobre esta, y la inmensa contribución que el propio Lenin aportó a esta obra titánica, nos llevan a concluir que no asistiremos a una fase de estabilización del capitalismo privado y del dominio burgués. A través de continuas sacudidas llegaremos, no sabemos cuándo, al desenlace que la teoría marxista y el ejemplo de la revolución rusa nos indican.

Quizá Lenin no haya calculado bien la distancia que nos separa de este objetivo histórico; pero nosotros estamos au-

torizados a sostener, con una formidable batería de argumentos, que en su atormentado camino, la historia futura «*pasará por Lenin*», es decir, recorrerá las fases revolucionarias de la perspectiva marxista que él restauró en la teoría y templó en la práctica.

Esta es la inmutable posición que asumimos ante cualquier momentáneo predominio de las fuerzas adversarias, igual que ante cualquier eventual y taimado futuro intento de desvío revisionista.

Las armas teóricas, políticas y organizativas que Lenin nos ha legado se han probado en la batalla y en la victoria, están lo bastante templadas como para defender con ellas la obra de la revolución: su obra.

La obra de Lenin ilustra brillantemente cuál es nuestra tarea. Y siguiendo su admirable ejemplo, también nosotros, el proletariado comunista mundial, demostraremos que los revolucionarios saben arriesgarlo todo en el momento supremo, del mismo modo que sabrán esperar en las atormentadas vigiliadas, sin traicionar, sin vacilar, sin dudar, sin desertar ni abandonar por un momento la grandiosa obra de demolición del monstruoso edificio de la opresión burguesa.»

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080
Madrid

Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110
Milano

Francia : Programme - B.P. 57428 - 69007
Lyon Cedex 07

Suiza : Para contacto, escriba a la
dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
proletarian@pcint.org

**El sitio Internet del partido
comunista internacional
www.pcint.org**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

EDICIONES

«EL PROGRAMA COMUNISTA»

Suplemento en español a la revista
teórica del Partido Comunista
Internacional, «programme communiste»
no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en noviembre de 2022

El programa del partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * * * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.